

Pirineos, é hizo llamamiento á todos los príncipes y caballeros cristianos, exhortándoles á esta cruzada. Los caballeros de las órdenes militares de Calatrava, Santiago y demás de Castilla, Aragon y portugal; las tropas genovesas y los barones de todas las provincias de Europa fueron á reunirse á las fuerzas de Castilla, Aragon y Portugal, que subian á cuarenta mil hombres. Era la octava parte del ejército musulman, que segun calculan los historiadores, pasaba de cuatrocientos mil infantes y setenta mil caballos. Este diluvio puso sitio á Tarifa. Los cruzados acudieron al socorro de la plaza, y bajo sus muros se dió una de las mas sangrientas batallas que nos refiera la historia. Quedaron en el campo de batalla doscientos mil musulmanes; y el resto de su formidable expedicion, que habia amenazado á la España con una ruina completa, repasó precipitadamente el estrecho al favor de la noche: al amanecer del dia siguiente, los cristianos buscaron en vano á sus enemigos. El rey de Castilla envió al papa, con la noticia de esta prodigiosa victoria, veinticuatro estandartes musulmanes, que fueron suspendidos en la capilla pontifical. Benedicto XII, cuyo celo habia restablecido tan á propósito la armonía en la Península, podia reivindicar con justo título una parte del honor de esta gloriosa jornada (1341) (1).

15. Roma, tan olvidadiza de sus soberanos legítimos los papas, renovaba, en 1341, y á favor de Petrarca, las ceremo-

(1) Esto es, la célebre batalla del Salado que nuestros historiadores ponen, y la santa iglesia de Toledo celebra anualmente, el 30 de octubre de 1340, dia de la semana lunes. « Al apuntar del alba, los reyes (de Castilla, Portugal y Aragon), y » con su ejemplo los demás del ejército confesaron, y recibieron el Santísimo Sacramento de la Eucaristia: luego se formaron los escuadrones en orden de batalla... » El pendon de la cruzada, por mandado del papa, le llevaba un caballero francés, » llamado Ingo: todos los soldados iban señalados con una cruz colorada en los » pechos como aquellos que iban á pelear contra los infieles en defensa de la religion y de la cruz.... Fué grande la matanza que se hizo, murieron en la batalla y » en el alcance doscientos mas de veinte, cosa que con dificultad se puede creer, y » que causa gran espanto... De la presa de los Moros, envió el rey á Aviñon al papa » Benedicto en reconocimiento un presente de cien caballos con sendos alfanjes... » y veinticuatro banderas de los Moros, y el perdon real, y el caballo con que el » mismo rey Alonso entró en batalla, y otras cosas. » (Mariana, *Historia de España*, lib. XVI.)

(El Traductor.)

nias paganas de un coronamiento en el Capitolio. Por otra parte Benedicto XII pensaba en Italia, y envió en cualidad de legado á Bertran de Deux, arzobispo de Embrun, que en esta mision desplegó admirables talentos. Decidió á los Colonnas y Orsinis de Roma á concluir una tregua de muchos años y volvió la paz á la ciudad. Por su celo se restableció la concordia en los Estados pontificios, ducado de Espoleto, la Romaña y la Marca de Ancona. Tales fueron los últimos actos del reinado de Benedicto XII, que murió en Aviñon el 25 de abril de 1346. Hizo útiles reformas; abolió muchas exacciones voluntarias con que los obispos cargaban á los eclesiásticos en sus visitas pastorales; y trató de que hubiese exactitud en el servicio divino de las catedrales, que es el alma de la piedad. Habian corrompido poco á poco la ambicion y el olvido de las virtudes monásticas á los canónigos reglares, monjes de san Benito y del Cister. Benedicto XII dictó saludables reglamentos para reavivar en las tres órdenes la regularidad, amor del estudio y primitivo fervor. Continuaron florecientes las administraciones durante su pontificado, sin embargo de haber destruido las *reservas* y las *expectativas*; porque como habia la mas prudente y rígida economía hasta en los menores detalles del gobierno, las rentas ordinarias bastaban para los gastos de su gobierno. En Benedicto XII tuvo origen la tiara papal, cuyas tres coronas simbolizan, segun unos, las tres potencias: real, imperial y sacerdotal; y segun otros, la autoridad espiritual sobre los fieles, la supremacia sobre los obispos y la soberanía temporal de Roma.

S III. PONTIFICADO DE CLEMENTE VI (7 de mayo de 1342-6 de diciembre de 1352).

16. Solo vacó la Santa Sede trece dias. El conclave reunido en Aviñon eligió espontáneamente al cardenal Pedro Roger, que tomó el nombre de Clemente VI. Era el nuevo papa de la diócesis de Limoges, en Francia. El cardenal de Mortemart, su paisano, le habia presentado á Juan XXII, y este papa le apreció tanto, que le hizo sucesivamente obispo de Arras, ar-

zobispo de Sens, arzobispo de Rouen, consejero íntimo de Felipe de Valois, y últimamente cardenal bajo Benedicto XII. El nuevo pontífice amaba el brillo y la grandeza: desplegó gran magnificencia en el trono pontifical. Su corazón magnánimo, su mansedumbre, su liberalidad y demás cualidades amables de su carácter, borraban el lujo exterior de que estaba rodeado. Repetía con frecuencia esta máxima de un célebre emperador: « Nadie ha de salir descontento de la presencia » de su príncipe; » y de esta otra: « No somos papa sino para » hacer felices á los fieles. » Cuando la necesidad le obligaba á rehusar una gracia, sabía consolar la negativa por la dulzura con que la expresaba. En el año primero de su pontificado publicó una bula, por la cual convidaba á todos los clérigos sin beneficio á presentarse para recibir uno. Acudieron inmensos á Aviñon y ninguno salió descontento. Para poder suministrar á su liberal condicion, se reservó Clemente VI los nombramientos de abadías y prelación, declarando nulas las elecciones capitulares ó conventuales. Como se le objetase que estos nombramientos eran abusivos y que los habían prohibido sus antecesores: « ¡ Ah! respondía, hablando de sus larguezas, mis » predecesores no sabían ser papas (1). » ¿ Cómo no se habían de perdonar á un pontífice, que solo pensaba hacer felices, algunas reservas no usadas?

17. Apenas supieron los Romanos la elevacion de Clemente VI, creyeron llegado el momento favorable para solicitar de nuevo la restauracion de la Santa Sede en Roma. Petrarca, hecho ciudadano romano despues de su coronacion en el Capitolio, hizo parte de la diputacion enviada al papa con este objeto. Los Romanos aun no habían renunciado á su utopia de república independiente: suplicaban pues al papa que aceptara los títulos de senador y gobernador de la ciudad, no como soberano pontífice sino como noble Roger. Esta cláusula basta por sí sola para probar su espíritu anárquico. Se ha repetido con frecuencia que los papas, al fijarse en Aviñon,

(1) Prædecessores nostri nesciverunt esse papa. (Baluzio, V. *Vita*, pág. 311.)

habían obedecido á la influencia francesa, y que por esta habían comprometido su independencia y dignidad. Es una calumnia bajo el punto de vista histórico. Un príncipe desterrado se abajaría si recibiese una corona con las condiciones que dictaban entonces los Romanos al papa; no podían entrar en Roma sino como soberanos; hubiera sido indigno del pontificado un compromiso con una república. Hé aquí porqué no aceptó Clemente VI los ofrecimientos que se le hicieron, á pesar de la elocuencia y poesía de Petrarca. Sin embargo, para manifestar á la Ciudad eterna que aun á pesar de sus extravíos era siempre la hija privilegiada de la Iglesia, Clemente VI redujo á cincuenta años el término fijado para el Jubileo secular, y en la bula *Unigenitus Dei Filius*, expedida en 1343, lo fijó para el año 1350. « Aprovecharemos con el mayor anhelo, » dijo á los diputados, el momento favorable para restablecer el pontificado en su silla natural; pero este momento aun no » nos parece ser llegado. »

18. Era muy difícil, políticamente hablando, la situación de Clemente VI. En España los excesos de Pedro el Cruel, rey de Castilla, la ambición de Pedro el Ceremonioso, rey de Aragón, y las empresas de entrambos preparaban escenas desastrosas en la Península. Francia é Inglaterra, reconciliadas por algun tiempo por la prudencia del mediador, pero siempre enemigas por las rivalidades de los monarcas, principiaron á hostilizarse de nuevo. En Alemania, Luis de Baviera, obstinado en su rebeldía contra la Iglesia romana, y protector de un puñado de cismáticos, amenazaba segunda vez á la Italia. Nápoles, es verdad, estaba en paz bajo el prudente gobierno de su rey Roberto de Anjou; pero este monarca, envejecido antes de edad, estaba al borde del sepulcro, y se divisaban vislumbres de revoluciones entre los suyos. En medio de tanta complicacion se necesitaba un papa firme, activo, enérgico. Clemente VI se hallaba á la altura de su mision providencial: sola su mirada le hacia juzgar del estado de las cosas, y su política se puso en línea inmediatamente. Le era desde luego indispensable mantener entre la Francia é Inglaterra los tratados, cuya

recíproca violacion se reprochaban unos á otros. Dos cardenales fueron delegados uno á cada rey, cuyos ejércitos estaban acampados bajo los muros de Vannes. La influencia del soberano pontífice fué decisiva, de la cual resultó el tratado de Malestroit, de 19 de enero 1343. Solo indicaba una tregua de tres años, que ni aun fué observada; pero no podia esperarse mas de la animosidad de las partes beligerantes.

19. Por otra parte, dos cardenales, Aymeri de Chastellux y Curtil fueron á la Lombardía para restablecer en ella la autoridad pontifical. De esta mision pendian las medidas ulteriores que tenia proyectadas Clemente VI contra Luis de Baviera. Quería concluir con este príncipe cismático. « Es intolerable, » decia, el que desde treinta años Luis haya resistido á dos » papas y se prepare á insultar á un tercero. » Atemorizado de las hostiles disposiciones del papa, el rey de Germania se resignó á ceder, al menos en apariencia. La opinion de los pueblos, á pesar de los esfuerzos de las escuelas imperialistas, se habia pronunciado enérgicamente en favor del soberano pontífice; por otra parte, Luis se habia enajenado con sus vejaciones los ánimos, y el casamiento adúltero de su hijo con Margarita habia levantado á la Bohemia y Moravia; y se comenzaba á estar disgustados de obedecer á un emperador siempre en enemistad con la Santa Sede. Nada le costaba un acto de sumision á Luis de Baviera: hizo pues declarar al soberano pontífice que reconocia todas sus faltas, resignaba el imperio en sus manos y se obligaba á no volverlo á tomar sino por su órden. Cuando se recibieron en Aviñon estas humildes protestas, se creyó en fin estar á cabo de todo debate; pero solo habia en este paso un deseo de ganar tiempo hipócritamente. En setiembre de 1344, convocó Luis de Baviera una dieta general del imperio en Francfort. « Estamos prunto, dijo el príncipe á los caballeros » reunidos, á deponer nuestra corona imperial. Jamás se nos » eschará en cara sacrificar el interés público al nuestro personal. Sin embargo, si vuestra prudencia hallase exageradas » las condiciones del papa, no nos negamos á arrostrar por la » dignidad del imperio los peligros y padecimientos que nos

» aguardan. » Y remitió en seguida á los electores, como emanadas de la Santa Sede, las cláusulas que él mismo habia hecho someter al juicio pontificio. No hubo sino una voz en toda la asamblea para protestar contra la ambicion y violencia de Clemente VI. « Estos artículos, exclamaron los barones, fueran » la ruina del imperio: vuestro juramento no os obligaria en » tal caso, y aun fuera pecado cumplirlo. » Una embajada, compuesta de los mas eminentes personajes por su carácter y nobleza, quedó encargada de llevar á Aviñon las conclusiones de la dieta de Francfort. Clemente VI solo vió en esto un juego de la engañosa política de Luis de Baviera. Desde este dia no hubo ya mas negociaciones, y se resolvió la deposicion del monarca.

20. Solo embarazaba al soberano pontífice la eleccion de un candidato para el imperio. Clemente VI habia pensado desde luego en Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia, y se lo propuso; pero anciano y ciego, este príncipe era solo un gran nombre inútil. Él mismo lo reconoció y ofreció en su lugar á su hijo Carlos de Luxemburgo, de treinta y seis años, y uno de los caballeros mas amables y literatos de la época. Felipe de Valois apoyó esta candidatura por vengarse de Luis, que se habia aliado contra la Inglaterra. En 1345 se presentaron Carlos de Luxemburgo, acompañado de su padre, en Aviñon, donde fué acogido con pompa y magnificencia dignas del puesto que le estaba reservado. El papa se aseguró de sus disposiciones y le hizo firmar la promesa, si era elegido emperador, de respetar los dominios eclesiásticos en Italia; de confirmar la Santa Sede en todos los derechos que le habian sido atorgados anteriormente; de prestar ayuda y socorro á la Iglesia romana contra las empresas de Luis de Baviera; de anular todos los actos de este príncipe y de no hacer revivir jamás las pretensiones de los Hohenstaufenes. Carlos lo juró, y, cosa rara entonces, cumplió su palabra. El 13 de abril de 1346, seguro Clemente VI de no dar golpe en vago, publicó una bula en que declaraba á Luis de Baviera privado de la dignidad imperial, absolvía á sus súbditos del juramento de fidelidad, y mandó á

los electores del imperio proceder sin demora á la eleccion de nuevo emperador, amenazándoles, en caso de rehusarse á ello, de hacer él mismo eleccion de sugeto digno. En consecuencia de ordenes tan perentorias, se juntaron en Reims los electores de Tréveris, Colonia, Sajonia y Bohemia, y eligieron, en 20 de julio de 1346, emperador á Carlos de Luxemburgo, que tomó el nombre de Carlos IV. Confirmó el papa la eleccion en consistorio público de 10 de noviembre siguiente. Carlos era nominal y legalmente emperador, mas era necesario conquistar la realidad del poder que estaba en manos de su adversario. La gravedad de la situacion despertó la actividad y energía de Luis. Seguido de un ejército, recorria las orillas del Rhin, asegurándose de la fidelidad de los pueblos. Carlos IV, no habiendo podido entrar ni en Aquisgran ni en Colonia, se vió reducido á hacerse coronar en Bonna, en presencia de un corto número de caballeros fieles á su causa. Los Alemanes, burlándose, le llamaban *Emperador de los clérigos*. Pero Dios se encargó de dar á conocer él mismo el elegido por su pontífice. El 11 de octubre de 1347, en medio de una gran cacería, Luis de Baviera cayó muerto de apoplejía fulminante. Este acontecimiento inesperado cambió la faz de las cosas: se disiparon todas las oposiciones, y Carlos VI reinó sin obstáculo en toda la Alemania, concluyéndose así la lucha entre el imperio y el sacerdocio.

21. No recibian tan pacífica solucion los negocios de Francia con Inglaterra. La funesta batalla de Crecy acababa de sumir en el dolor el reino de Francia. Clemente VI era francés y se resintió muy dolorosamente de tamaño desastre. Lo mas escogido de la nobleza francesa, Carlos de Alençon, hermano del rey Juan de Luxemburgo, heróico anciano que, á pesar de estar ciego, quiso ser llevado al campo de batalla para combatir aun con los Ingleses, y treinta mil hombres perecieron en esta infausta jornada. La Inglaterra debió la victoria al hijo de su rey, que apenas tenia diez y seis años, tan celebrado despues bajo el título de Principe Negro, y al uso de la artillería y de la pólvora, desconacida hasta entonces en el norte de la Europa.

El papa se apresuró á interponer su mediacion. Dos legados, los cardenales Anibal de Ceccano y Estéban Aubert, lograron una tregua de nueve meses, desde el 28 de setiembre de 1347 al 24 de junio de 1348.

22. Nápoles, por otra parte, era teatro de acontecimientos lamentables. Roberto de Anjou habia muerto en 1342, dejando el trono á Juana, su hija primogénita, á quien habia casado con Andrés, hijo segundo del rey de Hungría. El carácter de esta princesa era una mezcla de gracias, frivolidades é intrigas. Su conducta y costumbres eran poco regulares, tanto que se murmuraba grandemente entre el público, hasta el punto de sublevarse, cuando el 20 de setiembre de 1345 se supo que el rey Andrés habia sido asesinado en el aposento mismo de la reina. Esta, en lugar de mandar encarcelar y formar causa á los matadores, les acogió bajo su proteccion. Luis de Hungría juró vengar la muerte de su hermano. Por otro lado, la precipitacion con que Juana se apresuró á dar su mano al príncipe de Tarento, su favorito, poco despues de la muerte de Andrés, habia llenado de indignacion la Europa. El rey de Hungría escribió, como precursora de una expedicion que ya estaba en marcha, una carta que dirigió á la culpable esposa, cuyo laconismo la ha hecho célebre. « Juana, le escribia, los desarreglos de tu vida pasada, la impunidad de los reos, y tu casamiento precipitado prueban hartó que tú eres rea de la muerte de tu primer esposo. » Pronto como el rayo, el rey de Hungría atraviesa los Alpes y toda Italia, penetra en los Estados napolitanos, antes que Juana y el príncipe de Tarento hayan tenido tiempo de juntar ejército. El 24 de enero de 1348, hizo su entrada en la capital, donde sus primeros actos fueron implacables y severos. Las ejecuciones de su venganza fraternal intimidaron á todos los habitantes. Juana y su esposo se habian hecho á la vela para Francia, y se presentaron en Aviñon para ponerse ellos y sus Estados bajo la proteccion del pontífice. Clemente VI, sin tocar el fondo de la cuestion, por de pronto aceptó su apelacion y avocó la causa á su tribunal. Partieron algunos legados para Nápoles, encargados de noti-